

Crítica útil

La anomia en la novela de crímenes en Colombia

GUSTAVO FORERO QUINTERO
Siglo del Hombre Editores/
Universidad de Antioquia, colección
Espacios, Bogotá, 2012, 365 págs.

SUMADO A su tradicional función de enseñanza, desde hace unos años a los profesores universitarios se les obliga a investigar. Lo que siempre hicieron de manera espontánea los interesados en ahondar un tema o problema o con la intención de implementar nuevos contenidos o hallazgos en sus clases, se volvió una obligación: quieranlo hacer o no, sépanlo hacer o no, todos los profesores universitarios investigan, muchas veces sin ganas ni vocación. La calidad de las investigaciones es proporcional a la de los investigadores, hay unas pocas buenas y el gran resto regulares y malas.

Los procesos de producción, circulación y consumo de estos materiales son endogámicos: publicados por las mismas instituciones, para lo cual hay departamentos especializados, y leídos dentro del campus. Son productos de consumo interno: desde, por y para la academia; cuando hay suerte, si las bibliotecas de las universidades tienen un canje fluido o los mismos profesores se encargan de enviarlos, esos materiales son leídos por colegas en diferentes partes del mundo. Durante el tiempo que los profesores investigan obtienen descargas académicas, les son asignados como auxiliares de investigación estudiantes o recién egresados que se van formando en el arte, y conforme se adelanta el proceso se van publicando avances parciales en revistas indexadas.

Pese a la abundancia de investigaciones, dentro de la producción académica hay material escrito con competencia y útil para su respectiva disciplina como el libro que se reseña, que por supuesto forma parte de la dinámica descrita, según puede leerse en la página legal: “Este trabajo es producto del proyecto de investigación *La anomia en la novela de crímenes en Colombia* (1990-2005), apoyado por el Comité para el Desarrollo de la Investigación (CODI) de la Universidad de Antioquia” [pág. 6].

Principia el libro con una “Introducción” (dieciocho págs.), a la que le siguen tres partes: “La anomia y los estudios literarios” (ochenta y dos págs.), “La anomia en la novela colombiana” (ciento noventa y ocho págs.) y “Teoría y características de la novela de crímenes” (dieciséis págs.); finaliza con la “Bibliografía citada” (veintiocho págs.)

En la primera parte, el investigador plantea el marco teórico que le permitirá abordar el estudio de algunas novelas colombianas. Autores que le ayudan a definir a nivel metodológico su investigación son: Jean Marie Guyau, Émile Durkheim, Robert King Merton, Lidia Girola, Peter Waldmann, Jean Duvignaud, Jürgen Link y Édison Neira. El investigador precisa la definición:

puede decirse que la anomia responde a una serie de fuerzas de distinto sentido: se explica como la falta de convicción moral de los individuos frente a las normas (anomia individual), pero también como el resultado de un aparato normativo que no genera confianza en los actores del sistema (anomia social). [págs. 73-74]

Con ese par de acepciones complementarias construye su reflexión y su análisis; en una didáctica exposición, revisa el concepto de anomia a lo largo de la historia, yendo de lo general a lo particular: el planeta, el continente, el país, para concluir que “en la novela colombiana el mundo representado tiende a describirse dentro de la dinámica fatal de la anomia social” [pág. 93].

En la segunda parte comienza apoyándose en autoridades en novela negra y novela colombiana contemporánea: Mempo Giardinelli, Álvaro Pineda Botero, Hubert Pöppel y Édison Neira Palacio, y señala una línea de lo anómico en la novela nacional que parte de Osorio Lizarazo, pasa por la novela de la violencia, por Mejía Vallejo y García Márquez, para llegar a las novelas analizadas en esta investigación. Es curioso que lo que siempre ha estado ahí, esa línea temática con cierta coherencia, no hubiera sido percibida por ningún analista; el aporte fundamental del investigador es ese: definir el tema, delimitar un corpus actual e insinuar su carácter de continuación de la tradición y no de novedad. Puede ser o bien el encuentro de un género

estrictamente nacional, o al menos la sistematización de algunos ejemplos del mismo.

Interesante es el vínculo que hace la investigación [págs. 129-147] entre el género novela de crímenes, denominación que propone, y otros géneros de la tradición colombiana: novela de violencia, de protesta social, de ciudad, urbana, sicaresca e histórica. Acá, en forma amena, el autor hace divulgación, pero también historia literaria. También entretenida e ilustrativa resulta la parte en que se traza el perfil actual del neopolicial latinoamericano citando abundantes ejemplos de novelas [págs. 105-121], aunque por momentos se siente que esa información no es del autor sino prestada, es decir, construida tras la lectura de fuentes secundarias.

En la segunda parte, se analizan cinco novelas en sendos ensayos que ocupan la mitad del libro. Desde la introducción, el autor ha explicado las razones de la selección y la definición del corpus así: de doscientas novelas publicadas entre 1990 y 2005 preselecciona cuarenta [pág. 23] (aunque solo enumera treinta y seis en la pág. 24), y de allí escoge: *El capítulo de Ferneli* (1992) de Hugo Chaparro Valderrama, *Leopardo al sol* (1993) de Laura Restrepo, *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, *Memorias de un hombre feliz* (2000) de Darío Jaramillo Agudelo y *Comandante paraíso* (2002) de Gustavo Álvarez Gardeazábal.

Los análisis son novedosos y tienen procedimientos parecidos: al resumen de la historia sigue la relación pormenorizada de la anomia presente en la novela y los personajes (Chaparro: clima malsano en una ciudad de desapariciones y ejecuciones extrajudiciales; Restrepo: contrabandistas, vindictas, y homicidios; Vallejo: un alcahuete y un asesino; Jaramillo: premeditación, uxoricidio e impunidad; Álvarez: cinismo, narcotráfico y corrupción). Especial mención merece el texto sobre la novela de Hugo Chaparro, ya que es un libro que quizá no ha recibido la debida atención de parte de la crítica, carencia que esta investigación viene a subsanar; el estudio es inteligente e intuitivo porque encuentra en la propia obra, en la abundancia de referentes de la cultura popular gringa (cómic y películas de serie B), y en la multitud de guiños libresco, elementos para

RESEÑAS		
<p>alimentar y afinar el análisis. El vínculo entre la épica griega y la novela <i>Leopardo al sol</i> y el señalamiento de lazo estrecho, casi obsesivo, que une la obra de Fernando Vallejo con la religión católica, son otros aspectos para resaltar.</p> <p>Es innecesario, en cambio, que en el estudio sobre Restrepo compare a menudo la novela con el reportaje periodístico que sobre el mismo tema escribiera la autora, se entiende que tratando de reconocer en los personajes y eventos de la obra de ficción los modelos de la realidad que probablemente los inspiraron, pero también distrayendo, aunque quizá sin querer, la concentración del lector. El texto sobre Álvarez Gardeazábal podría haber sido más corto, podándole un poco a las explicaciones sobre el pasado colombiano reciente. Sobran también en los análisis, las alusiones al Código Penal en las que el investigador tipifica los delitos presentes en las obras, precisando la legislación vigente en el momento presumible en que se desarrollan las acciones de las mismas.</p> <p>La sociedad anómica es lateral, crece y se impone de manera espontánea sin la rectoría de un contrato social, como se explica en la investigación: “la ausencia del Estado, la indefensión de la sociedad y la carencia de autoridades que aseguren el imperio de la ley y garanticen el Estado de derecho determinan el panorama de la anomia que se ha apoderado de la sociedad en pleno” [pág. 215]; como en general la sociedad colombiana es así, de atajos y espontánea, lo lógico es que las novelas escritas por autores colombianos representen esa sociedad. Desde el que juega el corazón al azar y se lo gana la violencia hasta el militar retirado a quien no le llega la notificación de su pensión y le toca comer mierda, pasando por Siervo Joya e Ignacio Escobar. En ese orden de ideas hablar de la anomia en la novela colombiana puede resultar redundante:</p> <p>se puede decir que en la novela colombiana existen grados mayores o menores de anomia que pueden analizarse desde el baremo clásico de la novela romántica [...] hasta uno nuevo en el que explotan las consideraciones tradicionales y se expone la existencia de un mundo fragmentario con héroes de barro sin sanción alguna [...] la mayor o menor cercanía respecto de una</p>	<p>racionalidad legal es lo que permitiría hablar de una forma de expresión narrativa particular. En contraste con la literatura occidental, la literatura colombiana pone en duda esa racionalidad. [pág. 87]</p> <p>En futuras investigaciones, valdría la pena reflexionar sobre la posibilidad o no, de que lo anómico sea vertebrador del conjunto de la prosa colombiana de ficción del siglo XX. En la tercera parte, el investigador propone una caracterización del género novela de crímenes, y deja abierta la puerta para seguir pensando y repensando al respecto:</p> <p>la novela de crímenes no solo supone un ejercicio lingüístico, sino que representa una reflexión en torno al llamado Estado de derecho en el que se enmarcan las conductas anómicas. A veces más cerca, a veces más lejos de ese Estado, fruto de las transformaciones sociales y políticas de los últimos siglos en Occidente, el personaje de la novela colombiana se desenvuelve en un mundo que ante todo le es incomprensible bajo la pauta de la ley. [pág. 325]</p> <p>En los trabajos académicos, el texto central y las notas de pie de página son dos planos en los que se desdobl原因 escritura y lectura, es por eso que cuando el número de notas es alto y la extensión de las mismas considerable la lectura tiende a hacerse entrecortada: como si se estuviera haciendo en simultánea en dos partes diferentes el mismo rompecabezas. En esta investigación hay más de cuatrocientas y aunque las notas son necesarias y útiles, lo son, sobre todo, cuando aportan información significativa; en el caso de esta investigación sobran muchas, las primeras, aquellas en las que el autor hace el favor de citarse a sí mismo (págs. 14, 19, 24, 26, 28, 38, 65, 108, 141, 143, 170, 218 [dos veces], 230, 267). Esa incontinencia en las notas y errores como datar mal <i>La trilogía americana</i> de James Ellroy [pág. 59], equivocar la nacionalidad de Dennis Lehane [pág. 121], confundir en una sola entidad dos parejas diferentes: Abbott y Costello y El Gordo y el Flaco [pág. 163] y equivocar el año en que López Michelsen intentó ser presidente por segunda vez [pág. 303], no empañan, sin embargo, los aportes del trabajo. Pese a su carácter académico, la</p>	<p>lectura de la investigación logra transmitir el apasionamiento de desocupado lector del profesor Forero, un lector que sin dejar de lado su condición de analista acucioso, de exégeta y de historiador de nuestra novela, disfruta de su material de estudio y no olvida que es la curiosidad la que construye con placer la experiencia literaria.</p> <p>Esta es una investigación interdisciplinaria, que cruza conceptos de la sociología con cinco novelas colombianas contemporáneas; hay que decir que, más que aplicar modelos teóricos, el investigador utiliza ideas y metodologías que le ayudan a pensar mejor en torno a sus intereses. Para terminar, una reflexión: si las universidades públicas son instituciones sin ánimo de lucro y los profesores están obligados a producir investigaciones, ¿qué necesidad hay de editar libros? Sería más inteligente, más generoso e incluso más práctico, publicarlos en línea en la página de la universidad, haciéndolos accesibles para cualquiera. No solo ahorrarían tinta y papel, sino que además podrían acercarlos a sus potenciales lectores.</p> <p style="text-align: right;">Carlos Soler</p>